

Los mil cuentos de Poli Délano



CECILIA ALLENDES

Escribe todos los días si la SECH lo permite, en su casa de Ñuñoa, barrio que algún día deberá ser república independiente por su cultura especial: chilena, directa, rica, sin arribismo; sin que nada sobre ni nada falte, que cree y recree un mundo real y que se proyecte, tal como la literatura de Poli Délano.

En el verano lo hace en Cartagena, en su casa-barco con escalera absolutamente recta entre la cocina y el escritorio, ubicada en la proa de la casa que compraron sus padres y que le permite escribir sin que nada le tape la vista, maravillándose en la noche ante las luces no tan luminosas como las de los balnearios-ciudades, que van desde San Antonio hasta Algarrobo, y en el día ante el mar y roqueríos donde viven lobos marinos. Allí, al lado de la ventana, pegada a su

máquina de escribir, está la playa tranquila y transparente donde sus hijas Bárbara y Viviana aprendieron a nadar y que los pescadores bautizaron como *Luis Enrique Délano*. Por esa costa, Poli sale a pescar o comprar excelente mariscos. Cocinarlos y comerlos es su especialidad.

Es sabido que nació en España, en la época de la Guerra Civil. Su padre, es el escritor y diplomático Luis Enrique Délano y su madre la fotógrafa, que no debería negarse a exponer, Lola Falcón. Por ser ellos quienes eran, nació rodeado de las personas más geniales y atractivas del mundo cultural. Y vivió años y años fuera de Chile. Parte de esta vivencia afuera no corresponde a sus padres, sino al exilio, pero nada ha logrado cambiarlo. Poli sigue como siempre, igual al nombre de uno de sus libros: **Como buen chileno**. Son-

riente o enojón, porque se enoja cuando algo le cae mal o le molesta, pero jamás induce a equívocos. Su sentido del humor, alegría, ternura e ironía se escapan de sus libros que son una proyección de él mismo, aunque a veces diga que no tienen nada de autobiográfico. Trabaja incansablemente porque le gusta —como a Saroyan, uno de sus escritores preferidos— ganarse la vida escribiendo.

Antes de 1973 hizo clases de literatura norteamericana en el Pedagógico de la U, cuando decir pedagógico era Macul, y nadie entendía otra cosa. En el exilio mexicano no sólo fue famoso por su literatura, sino por sus talleres literarios en Cuernavaca y acá en Chile, creó un taller de algo que puede pasar a ser una necesidad básica: de conversación. En él reúne a un grupo de personas, leen un libro, ven una película, van al teatro, y conversan. Parece simple, pero es un arte casi perdido.

De su experiencia en el Pedagógico nace su última novela: **Como si no muriera nadie**. En ella lleva al lector a una época casi olvidada: en sus valores esenciales; la exacta

recreación de un mundo que existió, hace hoy mucho más dramático su desenlace. Poli Délano viene llegando de México, Estados Unidos y Europa. Estuvo invitado en Suecia, en Inglaterra, dio charlas en Filadelfia y lanzó en México su libro de cuentos **Como una terraza en la quebrada**, presentado en Santiago a fines del año pasado.

Es una persona directa y sin dobleces. Dice lo que piensa y actúa en consecuencia. Por eso, en este tiempo de maniqueísmos, sorprende el cariño con que describe, en su última novela, a personajes de las más diferentes ideologías y la precisión con que recuerda como se vivía en el Chile de los años 60 y comienzos de los 70. Puede hacerlo sin maniqueísmo 15 años después. En México sorprendió también, porque cuando presentó **Dos lagartos en una botella**, no eran cuentos de exilio.

—¿Cómo ha logrado marginarse de la coyuntura?

—Es cierto que en México me preguntaron porqué no estaba escribiendo cuentos de exilio, cosa que estaba haciendo, pero no era lo único. También estaba escribiendo cuentos de otros temas porque el exilio no era la totalidad de mi vida, que estaba conformada por un pasado que era mucho más largo que los dos o tres años de exilio que llevaba entonces; un pasado que incluía mi infancia, mi adolescencia, amores, amistades, viajes. Y todo eso es parte del equipaje que uno anda cargando. Cuando se escribe, ese equipaje se desparrama. El sentimiento del exilio se incorporó al personaje, pero no era la única maleta. Creo que el hecho que los personajes que yo hago no sean maniqueos, se debe a que deliberadamente he pretendido hacer literatura que no esté muy predeterminada por un set de concepciones. Para mí, la literatura es un poco una copia, una reproducción, una síntesis de la vida y los personajes que tiendo a caracterizar, son más como la gente es, que como uno querría que fuera. A uno le gustan los héroes, le gusta la perfección, pero los seres humanos no son ni héroes ni perfectos; tienen un conjunto de cualidades y defectos y entre unos y otros se equilibran y dan como resultado el que una persona sea mejor o peor que otra, pero nunca son absolutamente planos.

—Pero, la realidad...

—Una de las armas del novelis-

ta es la observación aplicada a la realidad. En la medida que el novelista va creciendo como tal, esa observación se va perfeccionando, se va convirtiendo en un instrumento de precisión. Mientras más precisa sea la observación, más se puede producir ese fenómeno, o sea la reproducción de la vivencia y creo que ella es el otro factor. Desde que se terminó para mí ese mundo que significaba el Pedagógico hasta que yo escribí esta novela, no había pasado tanto tiempo como para que la memoria no estuviera fresca.

—Pero hay mucho de oficio también en toda su obra. **Muerte de una ninfómana**, novela policial escrita, al parecer por encargo, sorprende por lo buena. ¿Tiene que ver el oficio en la recreación y en el escribir cosas tan distintas?

—Creo que sí. Y primero, esa novela no fue por encargo. De una editorial me sugirieron que la escribiera y durante tres o cuatro días que tuve que estar pegado al teléfono para saber si les daban visa a mis hijas para entrar a México, la escribí con el mismo cuidado que pongo al escribir cualquier cosa. Fue un ejercicio brutal, porque la novela policíaca es, como quien dijera, la escuela de creación de argumento. En una novela policial todo debe ser preciso, exacto, a la medida, no cabe la disquisición ni la dispersión. Todo tiene que estar apoyando a algo más, en una escritura bastante apretada, sólida. En ese sentido, a cualquier novelista inicial le recomendaría leer bastante novela policial e intentar escribir una.

—Sus cuentos y novelas están más centrados en el amor y en la temática social, pero hay algunos que muestran el desafío del ejercicio. **Adivinanzas**, por ejemplo, es un cuento de terror.

—Claro, ese cuento es de terror, de un terror bastante sangriento. Lo escribí para un concurso pero no es mera invención. Hay elementos afincados en la realidad. Por ejemplo, el personaje que comete el crimen que es el inquilino del fundo a quién le mataron caprichosamente su perro, es un personaje que yo conozco. Toda la atmósfera que hay en el fundo, esas alemanas vecinas, todos los elementos corresponden a vivencias que intentan, en el argumento, la justificación del doble crimen que se cometió.

Ahora, uno escribe lo que es el mandato interior, pero como uno es dueño, o ha ido adquiriendo un oficio —el oficio yo lo interpreto como un conjunto de herramientas que uno tiene que saber manejar— él tiene que servir para que uno sea capaz de escribir sobre cualquier cosa. Es una idea que se me ocurrió en el curso de los talleres de creación literaria en Cuernavaca. Les decía a los miembros del taller que trataran de hacer un cuento cómico. Eso era una tarea. A algunos les resultaba, y a otros no, porque lo cómico depende más de un estado mental, de una disposición mental, que de una técnica, pero un cuento erótico o un cuento con misterio, con suspenso, el que maneja el oficio tiene que ser capaz de escribir un cuento con cualquier apellido.

—¿Lo que sucede con los cuentos sobre el boxeo?

—Por un lado, la predilección personal por este deporte que si bien puede ser considerado un tanto brutal —más que nada por la utilización mercantilista de que ha sido objeto— tiene algunos atractivos realmente poderosos. Un encuentro entre dos boxeadores sobre la lona es tal vez la más gráfica imagen de lo que llamamos “conflicto”, el choque de dos fuerzas, una de las cuales tiene que superar a la otra para que haya solución. Donde la resolución tiene que llegar desde el instinto y también desde la experiencia y la sabiduría que aquella provoca. Otro atractivo que el box presenta a los escritores es el hecho de que por regla general el boxeador proviene de los bajos fondos de las ciudades, se forma en las calles y desarrolla el veneno de sus puños en peleas pandilleras. Jack Dempsey, uno de los grandes afirma que “el boxeo se nutre de muchachos hambrientos y ambiciosos. Para convertirse en un boxeador eminente hace falta la penuria, el hambre, la desesperación. El hombre que sabe que si gana las peleas, comerá; y si pierde, pasará hambre”.

—Otra de las cosas que sorprende de su creación, es que viviendo tanto fuera de Chile no haya perdido el significado profundo del ser chileno. En sus cuentos mexicanos, también es chileno.

—Sí, siempre hay un personaje chileno que está mirando la realidad de otra parte. Creo que es difícil meterse con personajes que no sean como uno, que no tengan un poco la misma historia, la misma formación, la misma serie de recuerdos o la misma serie de vivencias; que no hayan escuchado durante la infancia, la adolescencia, la juventud la misma música, que no hayan visto las mismas películas; son personajes con una base semejante que tiene todo ser humano con otro. Yo viví dos años en China y me costaría hacer un cuento o una novela en que el protagonista fuera chino, porque me tengo que meter en una experiencia que no conozco bien. Hay cosas que el chino ve de una manera

diferente por todos los factores de diferencia cultural. Como se encara la relación sexual, el pololeo, cuáles son las normas de las amistades. Hay quienes se meten dentro de personajes que no conocen bien, pero no siempre el resultado es feliz.

—Pero en el caso de México, yo creo que sabe lo que es ser mexicano, sin embargo sus personajes, siguen siendo chilenos, se siguen pensando como chilenos, como el de *La dulce gatita Carlota*.

—Yo me mexicanicé bastante. Ese cuento lo siento bien mexicano. Pienso que los tres muchachos que están ahí, uno es sueco o danés y los otros dos mexicanos, son mexicanos, pero a lo mejor ahí está lo que digo, una falencia. Estoy mostrando mexicanos como si fueran chilenos, porque en el fondo, no soy mexicano, aunque conozca mucho el país; pero mi intención es que fueran mexicanos.

—Algo que puede ser un detalle... hay muchas enanas y jorobadas en sus cuentos. ¿Qué tienen que ver en su vida?

—Absolutamente nada. Son provocadoras de curiosidad. Como hice la biografía de una enana en México, me pasó una de esas cosas raras. Por coincidencia, conocí varias enanas. Entonces pude escarbar, trabajar no sólo con una enana, sino que de varias, sacar una resultante, alguna observación psicológica y me quedó el personaje. Lo he aprovechado, está en *Piano bar de solitarios*, en algunos cuentos y también en una novela que está a medio hacer, pero que algún día voy a terminar. Ahí hay una enana de circo. Y es bien degenerada.

—Le gustan las enanas y jorobadas, eróticas por lo menos. Su rescate es siempre erótico. Hay un cuento en Barcelona...

—Esa es una jorobada; una jorobada preciosa, con ojos violeta. En México me pidieron que hiciera libros para una editorial de te-

mas deportivos y propuse entre muchos, la biografía del campeón nacional de ajedrez, que era de mi taller. Me la aceptaron, pero como era muy joven, su biografía era bastante fome. Le propuse que inventáramos cosas, pero que lo pensara bien, porque las cosas que inventáramos iban a ser su biografía. Dijo que bueno y yo le inventé una historia con una jorobada en Barcelona y una orgía en Cuernavaca. La editorial quizás quebró, porque la biografía no se publicó. Entonces yo le dije que como el libro no salía, él podía recuperar su vida sin esos capítulos, y yo los recuperé para mis cuentos.

—¿Qué está escribiendo ahora?

—De un guión literario para el cine, estoy escribiendo una obra de teatro y me está gustando esto. Ahora, no sé si diría lo mismo la gente de teatro. Me está gustando, lo que no significa que sepa que me está quedando bien, pero lo estoy haciendo con la absoluta intención de montar una obra. Es sobre una reunión de cuatro amigos chilenos, tres de los cuales han estado exiliados. Al regreso se juntan a comer un curanto y en la conversación se va armando una historia que para varios de ellos no estaba completa. Son amigos que sacaban un diario clandestino. Y eran más; uno está muerto. Son los sobrevivientes.

—¿No hay nada nuevo terminado?

—Un cuento que escribí en el avión. Se llama *Nadie en Sheparatan*, que es una calle de Estocolmo. Se llama así porque mi padre que vivió tres años ahí, hablaba que iba a escribir un cuento que se iba a llamar así. Caminé mucho por ella y nunca había nadie; pienso que lo mismo le sucedía a mi

padre, ya que era la calle que tomaba para ir a la Embajada. De ahí se le debe haber ocurrido el título. Es un cuento erótico, pero yo lo definiría más como de desolación, al estilo de *El último tango en París*.

—¿Por qué no ha escrito nada sobre su padre?

—He escrito prólogos a nuevas ediciones, pero tengo pendiente conmigo mismo un cuento que no he escrito aún, porque todavía no me sale, pero sé que en algún momento me va a salir. Es un cuento de carácter elegíaco. Tengo anotaciones, algunas ideas, pero todavía le tengo un poco de miedo, porque es un cuento muy emocional. Es meterse en un cuento con una hondura en un mismo, que requiere un poco de terreno firme; no tener una reunión una hora después, no tener que ir a la sesión de directorio de la SECH...

—¿Cómo tiene que ser la literatura para el lector?

—Entretenida y otras cosas. Lo que no puede ser es que no entienda, porque nadie está obligado a leer. La literatura tiene que ser un gran reflector, una gran luz que ilumine, que aclare un aspecto de un panorama de la vida o de lo total. Tiene que iluminarse al lector frente a algo, tiene que enseñarle algo sobre sí mismo, tiene que tocar algún tramo de la condición humana de manera que no se quede en la historia que cuenta sino que a través de ella esté diciendo otra cosa. Pero para qué eso sea recibido, percibido, tiene que tener los ingredientes de venta, tiene que entretener al lector. Si no, deja de leer. □

